


LA CUESTIÓN OBRERA.



EXPOSICIÓN DE LAS MANIFESTACIONES
DEL 1.º DE MAYO.
LIBERTAD DEL OBRERO.
CONCEPTO QUE TIENE FORMADO DE LO QUE
ES PROPIEDAD.
PROPIEDAD DEL OBRERO.—EL CAPITAL
Y EL TRABAJO.
OPINIONES VARIAS. EL CAOS.
LO MÁS PRÁCTICO EN LA ACTUALIDAD.

Por el obrero

GUILLERMO ROMACHO GUTIERREZ.



GRANADA.
Imprenta de EL DEFENSOR.
1892.

BIBLIOTECA

Sala

Estancia

Número

0

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

LA CUESTIÓN OBRERA.

EXPOSICIÓN DE LAS MANIFESTACIONES DEL 1.º DE MAYO
LIBERTAD DEL OBRERO.

CONCEPTO QUE TIENE FORMADO DE LO QUE ES
PROPIEDAD.

PROPIEDAD DEL OBRERO. — EL CAPITAL Y EL TRABAJO.

OPINIONES VARIAS. EL CAOS.

LO MÁS PRÁCTICO EN LA ACTUALIDAD.

Per el obrero

GUILLERMO ROMACHO GUTIERREZ.



Donado á la Biblioteca Universitária
de GRANADA por
Franc^{co} L. Hidalgo Rodriguez

GRANADA.
Imprenta de EL DEFENSOR.

1892.

BIBLIOTECA HOE
GRANA

REAL

Sala: C

Estante: 002

Número: 076 (2)

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
— GRANADA —

Sala: C

Estante: 119

Número: 60681

LA CUESTIÓN OBRERA.

EXPOSICIÓN DE LAS MANIFESTACIONES DEL 1.º DE MAYO
LIBERTAD DEL OBRERO.

CONCEPTO QUE TIENE FORMADO DE LO QUE ES
PROPIEDAD.

PROPIEDAD DEL OBRERO. —EL CAPITAL Y EL TRABAJO.

OPINIONES VARIAS. EL CAOS.

LO MÁS PRÁCTICO EN LA ACTUALIDAD.

Por el obrero

GUILLERMO ROMACHO GUTIERREZ.



Donado á la Biblioteca Universitária
de GRANADA por
Franc^{co} L. Hidalgo Rodriguez

GRANADA.
Imprenta de EL DEFENSOR.

1892.

4671

Al Sr. D. Juan Moré Aujer.

MI MUY DISTINGUIDO Y RESPETABLE AMIGO:

Cuando habia concluido este modesto folleto, donde busco con ahinco el remedio que cure la enfermedad que nos aqueja à los que vivimos del trabajo, surgió una duda en mi espiritu, nacida de la poderosa razón, de no contar con los necesarios elementos para su publicación.

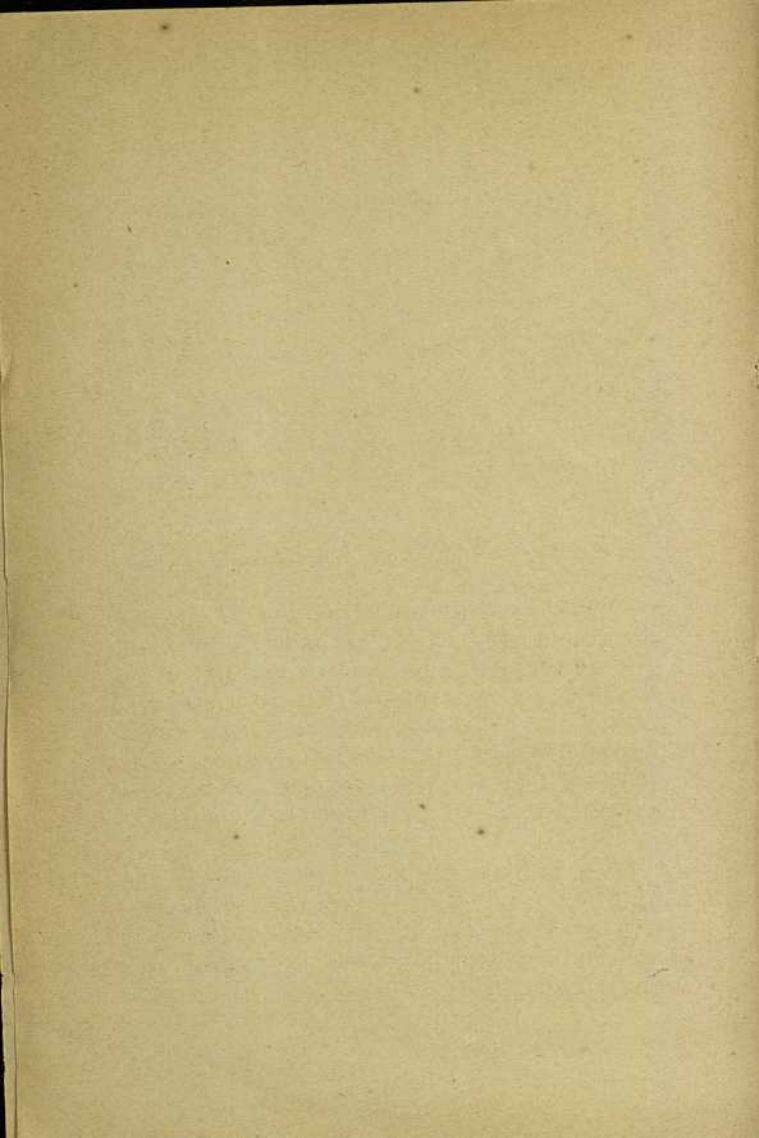
He sufrido desengaños enojosos; pero por suerte mia allá en el fondo de mi alma, cuando el gusano roedor de la duda me mortificaba, jamás llegaron à decaer mis fuerzas, obedeciendo à una voz misteriosa que sin cesar me decia: Anda.. anda...

Con mucho gusto olvido tales recuerdos para concentrar mi pensamiento en los seres que se han hecho acreedores à mi eterno agradecimiento, no estampando sus nombres por motivos de delicadeza, y si me dirijo à V., lo hago, porque à la vez de que por su posición y bellas cualidades puede ser uno de los baluartes que defiendan la desgracia.

Dispense al obrero la libertad que se toma si le dedica este folleto en prueba del respetuoso cariño que le profesa y que se repite S. S. S. Q. S. M. B.,

Guillermo Romacho Gutierrez.

Granada 24 de Enero de 1892.



LA CUESTIÓN OBRERA.

Locura es pensar que lo que no ha sucedido hasta ahora pueda verificarse sin medios nuevos.

Bacon.

Busead y hallaréis.

Evangelio.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Evangelio.

INTRODUCCIÓN.

Obreros españoles y á todos los que por desgracia vivimos del trabajo: la humilde voz de un compañero vuestro se atreve levantarla en las críticas circunstancias por que todos atravesamos para exponeros aunque rudamente mi pobre criterio, de manera clara y concisa, señalando á la vez los escollos con que podemos tropezar en nuestro nobilísimo empeño.

Grande es la tarea emprendida para que no ofrezca serias dificultades; pero tengamos presente que todos los problemas que más han contribuído al desarrollo del progreso de la raza humana, no se han conse-

guido, sino á fuerza de muchos mártires
y sacrificios sin cuento.

Veamos la Historia y al contemplar la
pléyade de grandes hombres que sacrifi-
caron su existencia y hasta vertieron su
sangre por nosotros, nos convenceremos
de esta gran verdad.

Cuando el hombre sale de la corteza
material de su ignorancia, nace un Eucli-
des que dá su ley moral á los pueblos del
Oriente, cual si fuera la luz crepuscular
del lucero matutino, siguiéndole en su sen-
dero otros astros de más ó ménos magni-
tud, entre ellos un Buda, un Confucio, un
Zoroastro, un Moisés y otros muchos que
sería prolijo enumerar.

Todos ellos en esas edades remotas se
sacrificaron noble y desinteresadamente
por las razas que les precedían.

Pero corren los tiempos más cerca, y
cuando el hombre no concibe otro mundo
que el que le es sensible por las impresio-
nes que recibe del exterior, se materializa
hasta el extremo de condenar al sábio Só-
crates á beber la cicuta por el solo hecho
de predicarla inmortalidad del alma.

Desde entónces á nuestros dias son in-
numerables los desatinos cometidos con
los que han pretendido hacer algún bien
por los desgraciados de la tierra.

Tuvimos un Cristo que pasando por alto

las exageraciones propaladas, tanto en pró como en contra, sacrifica su preciosa vida en holocáusto á la humanidad, tan sólo por que su moral es la protesta más enérgica y elocuente contra los usurpadores de los bienes de sus hermanos.

Vemos á un Gutemberg, inventor de la Imprenta, á Palissi que lo fué de la porcelana en Francia, como en las ciencias lo fueron Servet, Galileo, Colón y en nuestros dias el Dr. Ferrán, el insigne Peral y otros muchos, y nos veremos explicado el porqué apesar de perseguir un ideal tan santo, como es el de que todo sér que nace tiene derecho á la vida material é intelectual por el solo hecho de nacer sin su consentimiento y que el que les deja abandonados comete un crimen escandaloso y tendremos el enigma explicado en las sublimes palabras del Evangelio de que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja que un rico se salve.

Grande es mi atrevimiento al dirigirme á mis compañeros los obreros, sin otros títulos que mi buena fé; pero como no trato de dilucidar sino cuestiones que sólo afectan á la clase á que honroso pertenezca ¿quién sino el que es de casa sabe lo que pasa eu la familia?

Hecha esta salvedad para no dar lugar á torcidas interpretaciones, conscientes é

inconscientes, me lanzo atrevidamente á la publicidad condensando en lo posible mi pensamiento, para dar la voz de alarma á mis compañeros de infortunio, indicándoles á mi modo de ver dónde está el camino que puede ser de nuestra salvación.

Si me equivoco, será mi ignorancia la que me extravía; pero nó mi deseo, que no es otro que el de que la humanidad sea toda una familia.

CAPITULO I.

QUESTION CULMINANTE.

¿Qué pasa de crítico en las circunstancias actuales? ¿Porqué los poderosos de la tierra se acobardan y arman sus legiones hasta los dientes para combatir al que creen su enemigo, sin comprender que conspirán contra sus propios intereses? ¿Qué les aterra, qué les mortifica?

Compañeros: es la voz de la conciencia que empieza á despertarles de su maléfico letargo.

Ellos ven que el *e pur si muove* del inmortal Galileo, les persigue á su pesar y que de día en día al que creían de raza espúrea se levanta cual el Lázaro del Evangelio, protestando de sus actos.

Son los últimos alientos del moribundo que, presintiendo su muerte, se revuelve airado, haciendo esfuerzos sobrehumanos para librarse de su próximo fin.

¡Pobres dementes, que desconociendo las Leyes que rigen nuestro planeta, tanto físico como moral, pretenden en su locura sujetarlo á su arbitrio, sin contar que el sábio Arquímedes pedía un punto de apoyo para manejarle.

¿Aún seguís en el error de creerlos los

árbitros del mundo, por el solo hecho de poseer el precioso metal que á vuestro modo de ver todo lo realiza?

Ilusiones deslumbradoras, quiméricas, engañosas, que sólo duran lo que nuestros fantásticos ensueños.

El tiempo corre con la velocidad del rayo y lo que el hombre piensa cuando le dé rienda suelta á su imaginación en sus excursiones por el espacio, es de suyo tan complejo, que al llegar el momento oportuno de ser un hecho lo que tomara com-real y positivo, tropieza con la triste realidad del desengaño.

Es que no nos entienden ni conocen nuestra manera de ser y se dá el triste espectáculo de qué, siendo nuestras relaciones tan íntimas, como hermanas que son, nos encontremos en constante guerra y cada día desligados los intereses que más unidos debieran estar, y como en esta Babel de opiniones nada concreto se resuelve, por creernos todos llevar la razón, bueno será estudiemos muy detenidamente las principales cuestiones que se resuelven, por medio de la experiencia sensible y de la sensible razón, adquiridas en el largo y escabroso camino de nuestra existencia, inspirándonos en el espíritu de libertad más ámplio para no caer en el trillado terreno por muchos de las exageraciones, en todas

las escuelas que se aprestan para la contienda actual y por desgracia caer del lado del utopismo.

Para juzgar los efectos, necesariamente han de conocerse las causas, aunque no sea nada más que lo más elemental para explicarse sus fenómenos.

Las manifestaciones del 1.º de Mayo, hechas por todos los obreros del mundo, han levantado el decaído espíritu de esa clase desgraciada, llegando sus lamentos hasta lo más recóndito de los palacios.

Los gobiernos de todas las naciones, en vista de la gravedad que encierran las peticiones de los obreros y que por sí mismas son de difícil resolución, reúnen en torno suyo á todos los hombres doctos que puedan ilustrarles en este problema, el más capital en los anales de la Historia.

Se trata de la claseo rera y hombres encañecidos en el estudio de las ciencias y que han regido los destinos más altos de la Nación, lanzan á los cuatro vientos su autorizada voz exponiendo (así lo creo) de manera noble y leal la panacea que remedie tantos males al presente y en el porvenir sirva de base para las generaciones venideras.

Se nombran comisiones compuestas de hombres versados en las ciencias económico-sociales, para que estudien esta grave

cuestión y se nos dá el pobre espectáculo de estar un día y otro discutiendo proyectos y más proyectos, enmiendas y más enmiendas, con sus correspondientes discursos de rúbrica, y claro está que como es cuestión de suyo fuera de la esfera de acción en que ellos viven, las desconocen en absoluto.

Unos opinan que los tales proyectos deben estar en relación íntima con las Leyes económico-sociales, otros con el libre cambio, otros con la libertad, otros con el sufragio universal y en esta diversidad de criterios, no falta quien censura tal ó cual idea de socialista y anarquista perturbadora del orden establecido; y en verdad que si no fue a por la autoridad que representan esos hombres, lo más cuerdo que haríamos con tales anatemas era arrojarlos en el rincón del olvido.

Discuten un día sobre las horas de trabajo y no aciertan á armonizar estas por las infinitas manifestaciones de aquél en las variadísimas industrias en que se desarrolla, haciendo gala de mucha erudición y vastos conocimientos teóricos en la materia; pero sin conseguir á la postre ningún resultado positivo.

Después abordan la cuestión para no trabajar los días festivos y aquí aparece pintado con los más vivos colores las deficien-

cias de los tales proyectos, por no estar inspirados en la ley natural.

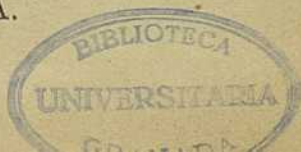
¡Discutir las horas que debe trabajar el obrero!... ¡Si debe ó nó hacerlo el domingo!....

¿No veis señores de la Comisión que estáis formando un castillo en el aire? ¿No concebís que pretendéis legislar un trabajo que no existe y que el obrero perece de hambre por carecer de él? ¿A qué fin práctico conducen vuestros proyectos? A ninguno; pues desconocedores de la materia que se trata, tropezais con el imposible.

En estas circunstancias, estais dando el mismo resultado que dió la célebre Comisión que autorizó el Gobierno para dictaminar sobre las pruebas del *Peral*, y es que como las juzgaron bajo el punto de vista de la teoría y esta era desconocida, por tratarse de un invento fuera del alcance de la Comisión, dió un dictámen tan incompleto y nebuloso que obligaron á Peral á retirarse por tantos obstáculos, con las lágrimas en los ojos y un desengaño más para su elevado espíritu.

Estáis dando el mismo resultado que daría un Gobierno compuesto de las candidaturas siguientes:

Presidente del Consejo de Ministros, el honrado carpintero A.



Ministro de Gracia y Justicia, el virtuoso tallista B.

Ministro de la Gobernación, el paciente bracero C.

Ministro de Fomento, el laborioso floricultor D.

Ministro de Hacienda, Ultramar, Guerra, Marina, etc., etc., desempeñados por honrados menestrales.

¿Qué habían de hacer en esos departamentos en provecho de la Nación aquellos honrados y laboriosos obreros, sino que cual niño que empieza á dar los primeros pasos, dejarse guiar instintivamente para no caer? ¿Qué habrían de hacer, si es que admitían dichos cargos, sino que obedecer automáticamente á los que siendo inferiores en categoría les inspiraran?

Pues en idénticas circunstancias se hallan los ilustrados miembros que forman parte de la Comisión, digna de mejor suerte por los títulos que ostentan cada uno de sus individuos y por los fines que persiguen, apesar de no estar conformes algunos hombres eminentes, con que el Estado tome parte directa en esta grave cuestión, por creer ellos se menoscaba la libertad, y más adelante probaremos la participación que le incumbe al Estado todo lo que afecta al bienestar de la Nación.

CAPÍTULO II.

LIBERTAD DEL OBRERO.

Uno de los derechos que más necesidad tenemos los obreros de conquistar, es sin duda alguna, la libertad, base y sostén de la dignidad, honradez y de todas las virtudes que se relacionan con las ciencias económico-sociales.

Sin libertad, el ser humano pierde todas las energías de que dispone su espíritu y poco á poco va descendiendo sin apereibirse hasta llegar á ser poco más que un animal; sin libertad el hombre deja de serlo por una especial metamorfosis, y como consecuencia de su estado patológico ¿que podemos esperar de él?

Nada: ningun acto en donde se vislumbre el sello de la más sana razon.

Pues si la base fundamental de la responsabilidad del hombre se halla en relación directa con la libertad que goza, veamos hasta donde llega la de la clase obrera y ya en posesión de este secreto, poco meditado ó conocido por los hombres que estudian en la actualidad esta cuestión, le haremos responsable ó no de su conducta,

Y preguntamos: ¿Nosotros los desgraciados obreros somos libres; podemos ha-

cer ó no una cosa? ¿donde está nuestra libertad?

Señores legisladores, en ninguna parte. Es una palabra mágica, encantadora, que suena en nuestros oídos continuamente y por la que más de una vez apuramos la copa de la amargura, vertiendo copiosas lágrimas; y para que os convenzáis, vamos con hechos á probar hasta donde nos sea dable esta gran verdad.

Nace el obrero en una cloaca mal sana, insalubre, sin ninguna de las más necesarias condiciones que tanto recomienda la ciencia, particularmente la higiene, y desde ese mismo instante empieza su *via crucis*.

Mala alimentación la madre, peor nutrición el hijo y claro está, que como sin estos factores tan importantes y necesarios hasta para las plantas ¿qué hombre puede formarse, si es que antes la miseria y su raquítica naturaleza no le matan?

Ninguno; y si logra escapar, en vez de hombre, más bien debiéramos llamarle la sombra de él mismo.

Como el padre sale á trabajar de mañana, si es que tiene dónde, y la madre ha de atender á las necesidades de todos, por regla general sin dinero sale á la calle, dejando abandonados á sus hijos merced á las impresiones de sus infantiles juegos.

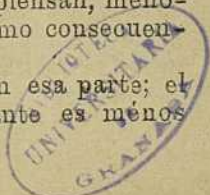
si son grandecitos, en la via pública; pero si son más pequeños ¡ah! entonces quedan encerrados en aquel calabozo inmundado y de ahí esos tristes cuadros que con frecuencia nos trae la prensa de todos los países.

No me diréis que exagero; pues apelo al testimonio de los médicos, únicos testigos mudos de tanta miseria como todos los días presencian en las clases trabajadoras, y que por la misma razón, han debido ser los primeros en formar parte de la Comisión, por ser los más autorizados en la materia que nos ocupa.

Pero sigamos adelante, pasando por alto los frios, el hambre, las desnudeces y las enfermedades que sufre tanto desgraciado, hasta que llega á esa edad que tanto necesitan de la instrucción.

Y decimos nosotros: ¿dónde están las escuelas? En España no las hay, no son necesarias; nuestros gobiernos han comprendido, que, como la clase obrera no ha venido á la tierra á otra cosa que á trabajar, se han dicho: cualidades indispensables para tener buenos obreros; poca instrucción, pues cuanto menos piensan, menos aprecian su situación, y, como consecuencia, menos aspiraciones.

Y llevan mucha razón en esa parte; el hombre cuanto más ignorante es menos



libre, es más esclavo; pero no olvidad que por eso mismo es más malo.

Nuestros gobiernos, repito, se dicen: el obrero no há menester de la enseñanza; así es que la cantidad que consignan en los presupuestos para la instrucción, es tan excesiva.... que apenas hay establecimientos de enseñanza como lo exigen los tiempos modernos; y como los Maestros de escuela están tan bien retribuídos... (no habrá en España quizás uno solo que no le deban muchos años) claro está que cumplen fielmente con su cometido.

Pero apesar de lo expuesto, el obrero quiere aprender, y como no puede hacerlo por carecer sus padres de lo necesario en su pobreza, le dedican al trabajo antes de tiempo, para que se gane su vida.

¿Y os llamáis séres humanos é instruídos!

¿No os apena el alma, al ver que séres débiles, inocentes niños, cual los vuestros, entren en el mercado del mundo luchando por su existencia?

¿No os conmovéis, al ver que esos séres, en la edad que la naturaleza tiene destinada á sus juegos infantiles, se cometa el crimen de despertarles de sus sueños angélicos para esclavizarlos á trabajos que dominan su naturaleza?

¿No advináis á donde se le conduce por ese camino? Al del idiotismo; pues allí en la fábrica, en el taller, en la mina, en el cam-

po, al contacto con seres, por regla general sin instrucción, no sólo pierden la noción de lo que es razón, sino que se preparan para el mañana aventajar á sus compañeros.

Pero sigamos un poco más descubriendo el velo de tanta miseria, y veamos si el obrero, tal como está constituida la sociedad, puede ser libre y decir:

¿Qué libertad puede gozar el hombre que, desde el momento que nace, es la miseria más aterradora la que envuelve su existencia?

¿Qué concepto de libertad puede tener el ser humano, si su cuerpo, que es el órgano poderoso para todas las manifestaciones inteligentes, se hallan atrofiados sus sentidos, tanto por su mala constitución física, como por el poco ejercicio que hace de sus facultades?

Decidnos: ¿qué hombre libre puede formarse de un esclavo?

Hambres, fríos, desnudeces, ninguna instrucción, ménos consideraciones en la sociedad, un trabajo accidentado y penoso, forman su existencia, y como corolario á tanta anomalía, se le exige, siendo un ser tan débil, las fuerzas del atleta.

Legisladores, hombres pensadores, poderosos de la Tierra y todos los que sobre nosotros ejercéis alguna influencia, no más

palabras de desprecio, no más duros anatemas, lanzados contra tantos desgraciados como gimen esclavos de su misma miseria; no dudar un momento que si el obrero no es libre, es porque no le dais los necesarios elementos para que lo sea; vuestra es la culpa, y que os haceis acreedores á que caiga sobre vuestras cabezas este duro anatema: «El fuerte que emplea su fortaleza contra el débil, es indigno de su poder, es un tirano.»

CAPÍTULO III.

¿QUÉ CONCEPTO TIENE FORMADO EL OBRERO DE LO QUE ES PROPIEDAD?

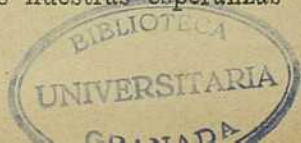
Uno de los pensamientos que más nos halagan á todos los séres humanos, es, sin duda alguna, el de llegar á conseguir por todos los medios imaginarios, una posición más elevada que nos permita vivir más desembarazadamente.

Una de las ideas que más de una vez, hasta en nuestros ensueños, alimentan nuestra fé, dando nacimiento á la esperanza, es sin duda alguna la de llegar á conseguir en un plazo más ó ménos lejano, que esa hada misteriosa de la fortuna venga á visitarnos.

En nuestro delirio la llamamos continuamente, y á pesar nuestro, al despertar, comprendemos nuestro loco empeño.

Fortuna, ¿dónde estás? ¿por qué nó vienes á pesar de nuestros ruegos? ¿Porqué eres tan ingrata para con los pobres?.... Nada, todo es silencio á nuestro alrededor y como estamos cansados de tanto suplicar, nos encontramos al despertar con el trabajo, única fuente de riqueza y vida.

Y decimos los obreros: ya hemos descubierto el enigma de nuestras esperanzas



futuras; pidamos fuerzas á nuestra naturaleza y emprendamos el camino que ha de conducirnos á la metá de nuestras aspiraciones.

Y el obrero empieza por trabajar continuamente, (cuando tiene dónde), abusando de su misma naturaleza (salvo las excepciones.)

Trabaja un dia, un año y otro; y un hombre no gana nada más que como un individuo, y como de este jornal ó salario, remuneración á su trabajo, después de cubrir sus necesidades, le quede un pequeño remanente, lo ahorra para ir poco á poco formando un exiguo capital, que le garantice y responda del mañana, poder defenderse de la miseria.

Este obrero, si no tiene familia y cae enfermo ¿quién le cuida? Su dinero; pero como su fortuna es poca, en ménos tiempo que la ganó la gasta, á ménos que no salga algún doctor en nuestro siglo que descubra algún específico, asegurándonos á los pobres trabajadores contra las enfermedades.

Pero supongamos, y es mucho, que no sufra ninguna.

¿Qué hará este pobre infeliz, si contempla la desgracia de un compañero suyo, hija de algunos de los muchos accidentes del trabajo?

Que si ese obrero laborioso, es honrado y

bueno, es socorrer con sus escasas fuerzas al infeliz compañero.

Veamos á otro que trabaja continuamente; (no olvidemos los accidentes del trabajo) pero como tiene familia, y su jornal no basta á cubrir sus necesidades ¿el día que cae enfermo qué le sucede?

Aquí me parece un deber de conciencia hacer un pequeño paréntesis sobre la gravedad de los hechos que se relatan, para apreciar relativamente las calamidades que sufre el desgraciado obrero cuando llegan estos casos,

Tiene mujer, hijos, padres ancianos, él en la fuerza viril de su juventud; pero como no puede sustraerse á esa ley de la naturaleza, de padecer enfermedades, las más de las veces debido á los abusos á que la miseria obliga, se vé necesariamente impulsado á mendigar de la sociedad (ó mejor dicho de los afortunados de la Tierra), un lugar en esas casas que le han dado en llamar Establecimientos de Beneficencia... ¿Pero y sus hijos y demás familia? Claro está... con su madre mendigando....

Y cuando aquel pobre obrero, en aquel templo... de la caridad, se lleve el alimento á la boca para reponerse de su dolencia, decid, afortunados de la tierra, ¿será capaz de hacerlo sin que antes no recuerde que

sus hijos, pedazos de su alma, no habrán comido? ¿qué hará, repito?

Que las lágrimas inundarán sus ojos, re-negando de su mala estrella.

Pobre, con familia y vivir exclusiva-mente del trabajo, imposible.

Pobre, sin familia, y solo en el mundo, más imposible; pues siendo el sér humano eminentemente sociable por naturaleza, no puede sustraerse á esa ley.

Luego vemos ser difícilísima la existen-cia del obrero en las circunstancias presen-tes; pues con lo que gana individualmente no le basta para atender á sus más peren-torias necesidades.

¿Y qué idea puede tener el obrero de lo que es propiedad?

Se nos objetará: pues muy sencilla es la cosa; propiedad es aquello que bien por herencia ó por el esfuerzo individual haya-mos conquistado; y para que veais que hasta el más humilde menestral tiene conciencia de lo que es propiedad, cuando sal-ga del trabajo con el salario retribuído, se interponga cualquiera en su camino exigiéndoselo y le vereis al punto exclamar, llamando ladrón al que trate de arrebatár-selo.

Y direis satisfechos: ¿hay algún argumen-to más poderoso?

Y yó os contesto humildemente: en efec-

to, no hay otro que carezca de más fundamento para defender tal teoría.

Vamos á la prueba. Si el fundamento de la propiedad es el ahorro ó la herencia, el obrero que no haya heredado ni ahorrado nada ¿qué concepto puede tener de lo que es propiedad?

El mismo que tendría alguno de mis pacientes lectores, si llegara á enamorarse de una mujer que no hubiera visto ni conocido jamás.

Y estudiado bajo otro punto de vista ¿se puede confundir de algún modo lo necesario con lo supérfluo? De ninguna manera; pues si al obrero le arrebatan lo que tiene de indispensable para mantener su vida, le privan de lo que sólo á Dios le es dado quitar; pero de ninguna manera, á poco que reflexione todo sér que esté mediamente instruido, llegará á confundir la propiedad de lo que no nos pertenece.

Ladrón es el que quita la honra que no se puede devolver; ladrón es el homicida; ladrón es el suicida; ladrón es el que poseyendo en sus manos el alimento de una familia los deja perecer; pero ser ladrón el que quita lo que puede devolver... ¡cuánto delirio!

Que comarcas enteras abandonen la tierra que les vió nacer para no morir de ham-

bre, mientras otros nadan en la opulencia y se nos dice: esa es la vida.....

Que la madre cariñosa vende su honra por un negro bocado de pan, para que sus hijos no perezcan de hambre, ¿fué vicio ó virtud? ¿Debió ser tan romántica hasta el extremo de dejarlos morir?

Que el padre de familia que vive en una casa, y como no puede pagarla por carecer hasta del necesario sustento, le arrojan á la calle, y se nos dice: es natural; pues el que tiene una propiedad, es para que le produzca; pues de lo contrario ¿para qué la quiere?

Que cuando el obrero no tiene trabajo no come él ni su familia; que sus hijos le piden pan; no tiene qué darle y se nos responde: ese es el mundo....

Por último; que el obrero, esa inmensa falange de mártires del trabajo, se halla tan abandonada y escarnecida en el mundo, que apenas si la mente humana puede darse cuenta de una existencia tan penosa y miserable como arrastra.

Nada de cuanto le rodea le pertenece.

El obrero construye esos palacios, demostraciones patentes del arte, á cambio de un regateado bocado de alimento, y cuando llega la noche, oscura y sombría, y vá en busca de su guarida, que otro nombre no merecen las casas que, cuando nos dejan los afortunados de la tierra, podemos habitar,

la encontramos sin abrigo, sin aire respirable y hasta sin luz que nos alumbre.

Que el obrero que construye esos grandes buques que surcan el Occéano en distintas direcciones, movidas sus velas por la brisa, y volando cual gaviotas, vá errante, peregrino, por la orilla del mar, descalzo, jadeante.

Que el obrero con su traje harapiento, su rostro extenuado por el hambre, despreciado, vilipendiado ultrajado, recorre su mirada por cuanto le rodea, se hace estas reflexiones, hijas naturales de su estado.

Todo cuanto existe en la tierra, hecho fuera de sus leyes, es obra del hombre obrero y sin embargo nada es nuestro.

Las casas, los campos, los mares, los bajeles, las plantas, los animales, nada es nuestro; todo es de esa clase que sólo tiene la virtud de no hacer nada.

Los ejércitos, las leyes, sus legisladores y todo cuanto en el orden político y religioso existe, todo es para esa casta que sólo representa fuerza y poderío.

La riqueza es su elemento en la tierra y llegan en su demencia al extremo de creer, que al morir, comprarán con el dinero hasta el cielo.

Los trabajos, la miseria, la horca, las cárceles, los presidios y la esclavitud, para el obrero; las comodidades, los palacios, el

lujo y las riquezas, para el que sólo tiene la virtud de la holganza.

Todo lo que representa trabajo, virtud é inteligencia, es símbolo de la pobreza; todo lo que aparece como holganza, dolo, molicie é ignorancia, es símbolo de la riqueza.

Por todas partes, en las ciudades, en los campos, en los caminos, en los mares, vemos los obreros, guardias perennes de la propiedad; en ninguna parte vemos nosotros ninguna autoridad que nos libre de nada, pues como nada poseemos, nada han de guardarnos.

Contínuamente, y á nuestros oídos, escuchamos el respeto que se debe á la propiedad; pero jamás escuchamos, ni vemos, ni existe en nuestros Códigos, el respeto á que somos acreedores.

Con el dinero, se compra la vida, con la miseria, se compra la muerte.

Pues si el obrero vé que ni su vida le pertenece, por carecer hasta de lo indispensable para la existencia ¿qué concepto puede tener formado de lo que es propiedad?

Ninguno: y hé aquí cuales son las causas que nos impulsan á los obreros á lanzarnos al socialismo, en nuestra inmensa mayoría inconscientes, sin conocimiento de causa.

El abuso de arriba trae aparejado el extravío de abajo, y como el obrero se halla imposibilitado de gozar relativamente de

las comodidades que proporciona la riqueza, y las exagera en su ignorancia hasta cierto punto, termina con estas reflexiones:

¿Tenemos derecho á la vida? Sí, pues dadnos los elementos que necesitamos. ¿Nó nos los dais? Pues imitaremos vuestra conducta, que no es otra que, só pretexto de un mal entendido contrato, comerciais hasta con nuestra mísera existencia.

CAPÍTULO IV.

PROPIEDAD DEL OBRERO.

El fundamento de la marcha social existente en nuestros días, es el crédito, base sólida, según nuestros más grandes economistas, para todas las transacciones, tanto industriales-mercantiles como político-sociales.

Sin crédito en este siglo que tantas grandes obras se han llevado á cabo, hubieran sido imposibles; sin crédito, ni aun los más cuantiosos capitales podrían desenvolverse, dando de sí como resultado del cambio mútuo, el producto, aspiración final que perseguimos todos los seres humanos.

Pues si el crédito está en relación íntima con el capital que se posee y este constituye nuestra propiedad, veamos hasta donde llega el crédito del obrero, como hijo de lo que le pertenece.

Y preguntamos: ¿Cuál es la propiedad del obrero?

¿Sabeis cuál es? El trabajo, puesto que con su producto atiende á la conservación de su existencia.

¿Y qué crédito se le concede al trabajo? ¿Puede pedir prestado, dando como fianza su labor? Hasta el día no conozco ningún

Banco ni Casa de comercio que confíe sus capitales al tan cacareado y repetido santo trabajo.

Luego queda demostrado que la única propiedad que nada representa es el trabajo.

Y se nos objetará: ¿Qué crédito puede merecer el trabajo, que no representa otra cantidad que el producto de la obra hecha por un hombre, y esta es pequeña en sumo grado?

¿Qué garantía puede merecer la propiedad si no es transmisible?

Y yó os contesto: si en vuestras leyes económicas no le concedéis ningunas, le habeis dado al obrero dominio sobre lo que constituye su propiedad.

¿Habeis encontrado la piedra filosofal, para sin cambios discoloros ni choques perturbadores el desgraciado obrero tenga dominio sobre lo que constituye su riqueza?

Veamos, y á poco que reflexionemos, nos convenceremos que no sólo no han tenido presente á esa inmensa mayoría del mundo, que vive en la más triste de la indigencia, sino que le han imposibilitado para mandar en lo que es suyo.

Principio fundamental de nuestros sistemas económicos; el libre cambio, la oferta y la demanda.

Perfectamente. Dicen nuestros más gran-

des economistas. ¿Y cómo podemos poner un límite á la libertad que cada individuo ejerce sobre lo que constituye su propiedad?

¿A dónde iríamos á parar con ese sistema de coacción? Al del feudalismo.

Señores economistas, un poco de más calma para reflexionar detenidamente las objeciones que os hace un humilde menestral, que es el que se toma la libertad de en tan críticas circunstancias exponeros su pobre criterio en cuestiones tan árduas y complicadísimas.

Ha dicho un filósofo que las teorías embargan nuestra inteligencia, la práctica las esclarece: veamos el resultado del tal sistema y se verá el que está dando.

Entra el obrero en la fábrica ó en el taller como elemento productivo de aquella industria, y como está expuesta á las variaciones y competencias de otras extranjeras ó nacionales, más productoras ó más protegidas, se dá el caso de abaratar sus productos para darles salida.

¿Y qué hace en este caso la sociedad ó el dueño de la fábrica?

Improvisar economías, rebajando los sueldos de los obreros, sin tener en cuenta si podrán vivir con lo que les dan.

Se proyectan carreteras, canales, muelles y puentes, salen á subasta y se quedan con

esas obras los que poseen el favor de los gobiernos, (quiero decir los que dan más garantías;) ¿y qué ocurre?

Que al obrero, que es el que realiza los referidos proyectos, para nada se le tiene en consideración ni indagar si con lo que le dan tendrá lo suficiente para vivir.

Se manda por el Gobierno que ciertas subastas salgan en pequeñas parcelas para que estén al alcance de la más mediana fortuna; ¿y cuál es el resultado?

Que como se cumple fielmente con la Ley, se delibera con la más estricta justicia.

Que á un pobre obrero le mandan hacer algún trabajo, (hablo en tésis general); lo presenta, y pedir el producto se le dice ser demasiado caro, ¿qué hacer? ¿llevarselo? Imposible, pues como solo tiene crédito el capital efectivo y por aquello no le darian ni la mitad de lo que en su concepto tasa, sucumbe por la razón de la fuerza.

¿Y entonces, sabios economistas, habeis estudiado á fondo esta grave cuestión?

¿Al formular vuestros planes, habeis meditado sobre el derecho que le concedeis a obrero sobre lo que le pertenece?

¿No veis que dando esa libertad al capital cometeis un grave error al pretender elevar al obrero á esa categoría?

¿No veis el resultado que está dando en las circunstancias actuales?

Que el obrero que no tiene otro capital que el trabajo, y este tampoco cuenta con él, porque depende de las circunstancias hasta el producto, concluye haciéndose estas reflexiones:

¿Qué soy en el mundo? ¿Para qué he venido á la Tierra? ¿Qué partido tomar? ¿Somos tal vez de peor condicion que las bestias? ¿Es posible sea verdad que no mandemos ni en nuestro propio trabajo? ¿Es un sueño?

Pasaron los tiempos de los Imperios, de los Calígulas, de los Neronos, en que el esclavo era considerado como una cosa, y hoy en nuestros dias de la santa libertad, se nos dá como gran conquista, como á los gladiadores romanos, una postura más cómica, para morir dignamente.

Pasaron los tiempos del feudalismo, de la raza, de la sangre, y se nos dá como marca la libertad de encontrar un porvenir seguro, en lucha tan desigual.

Viene el coloso del siglo XIX, Napoleón, y con su espada destruye los carcomidos moldes de la vieja sociedad; riega con sangre la antigua Europa, el orbe entero se estremece, y al huir espantados los tiranos de la tierra, el pobre esclavo respira al verse libre de su señor y dueño; pero ¡oh desengaño! que al señor de vidas y haciendas á el tirano, le sustituye el dinero, y como,

este no le poseemos los pobres, nos encontramos en situación más aflictiva.

Un millón de seres que comen, cien millones que perecen de hambre; cinco hombres libres, quinientos mil esclavos.

El que todo lo produce nada vale, el que nada hace, todo se lo merece.

Cinco duros, cien duros, un millón de duros, cantidades positivas

Cinco hombres, cien hombres, un millón de hombres, cantidades ficticias.

¿Qué discordancia es esta? ¿Es posible llegue el dinero á embotar la inteligencia, hasta el extremo de borrar del corazón los sentimientos más delicados y bellos?

¿Es que la inteligencia y la moral son incompatibles con el capital?

¿No veis á donde nos conducís por ese sendero de perdición? Los hechos lo dicen más elocuentemente que las teorías más previsoras de las vuestras.

El teatro donde se desarrolla el drama es el mundo.

Los más, no pudiendo vivir y viendo perecer de hambre á sus hijos, suplican de los poderosos de la Tierra lo necesario para vivir.

Armais vuestros ejércitos y hasta vertéis la sangre del obrero para acallar sus lamentos, dándoles esperanzas de un porvenir más próspero.

El Oriente se vé cubierto de negros nubarrones precursores de la tempestad, que en breve amenazan encender la tierra con el rayo, y quién sabe si hasta los árboles más seculares serán arrancados de raíz.

Poned remedio, pues en vuestras manos está, y no dad lugar con tantas dilaciones, á que el obrero, acosado por el hambre, las lágrimas y las súplicas se conviertan en amenazas.

CAPITULO V

EL CAPITAL Y EL TRABAJO.

Grande es la lucha titánica que se sostiene en las circunstancias actuales entre los elementos más poderosos del mundo, que no son otros que el trabajo y el capital.

Sería preciso escribir un tomo voluminoso é interminable sobre la materia que sirve de epigrafe á este capítulo, para seguir paso á paso las diferentes etapas y conmociones que ha sufrido la humanidad en la lucha constante por la existencia, á la vez que poseer una inteligencia privilegiada que natura no plugo darme, para hacer un análisis crítico de estos elementos, principales motores de la vida del planeta.

Desde las más remotas edades hasta nuestros dias han venido ocupándose hombres sábios (ahora como economistas) para ver de hermanar esa especie de absolutismo, si se quiere fatalista, que ha ejercido y ejerce el capital sobre el trabajo; pero como nuestro objeto al escribir este pequeño trabajo no es otro que el de exponer los males que padecemos los obreros de una manera positiva, señalando á la vez hácia donde se nos conduce como de la mano, seguiremos

el método escogido de ser lo más conciso posible, para que nuestros grandes hombres, con la buena fé que debe suponerseles, lo estudien detenidamente.

Lo primero que se nos presenta á nuestra consideración, es la siguiente pregunta:

¿Qué es el trabajo? Según la definición de todos los más sábios economistas, «es la fuente de la riqueza» (1)

¿Qué es el capital? «El capital es la fuerza creada preventivamente por un trabajo anterior y empleada para facilitar la producción. Representa el instrumento, la herramienta, la máquina. Es un agente pasivo.»

¿Y por qué el capital ha de ser tan absorbente que tienda de continuo á dominarle?

Al trabajo, como fuente de vida, sólo se le dá la actividad; al capital se le concede no sólo su dominio absoluto sobre aquél, sino que posee la facultad arbitraria de ser leyes sus apreciaciones.

(1) Dice M. de Molinay: Bajo el punto de vista económico, los obreros deben ser considerados como verdaderas máquinas. Son aparatos mecánicos que proporcionan una determinada cantidad de fuerzas productivas y que exigen en cambio ciertos gastos de conservación y renovación para funcionar de una manera regular y continua,

Al trabajo se le impone obediencia, al capital la libertad más ilimitada.

Para el trabajo la muerte, para el capital la vida.

Y preguntamos nosotros: ¿Será posible que hasta el día no se haya encontrado una fórmula para una cuestión tan grave como la presente?

¿Es que los hombres que dominan el rayo, los mares, el aire, en una palabra, que son los reyes del planeta, no hayan acertado con la medicina que cure tan grave enfermedad?

Triste es confesarlo, aún no; pues de las muchísimas escuelas que se han disputado y disputan en la actualidad la supremacía, no se las vé ningún resultado positivo.

Unos opinan, que solo con principios económicos se consigue el objeto; mientras otros creen que con la religión se obtiene lo deseado; pero dejando á un lado el fundamento que les asista á todas esas escuelas para defender sus tesis, ni olvidar tampoco el reconocimiento á que se hacen acreedoras (no todas ellas por desgracia) por los fines que persiguen, tratemos esta grave cuestión tal como la concibe la clase obrera, y que forma el acicate (permitásenos esta frase) que la impulsa en las circunstancias actuales.

Como ya hemos expuesto en capítulos



anteriores, no sólo la instrucción que posee el obrero, libertad que goza, concepto que tiene formado de lo que es propiedad, dominio que ejerce sobre el producto de su trabajo son todos los datos que hemos creído más necesarios para juzgarle con verdadero conocimiento de causa; conocida ya su posición y tendencias instintivas, nos encontramos en el campo de nuestras investigaciones con la mayor de las anomalías por parte de ambos elementos, uno inconsciente, que es el trabajo, el otro responsable, que es el capital.

¿Y cómo se explica este fenómeno?

Nosotros no lo concebimos de otra manera, sino porque los obreros, salvo rarísimas excepciones, nos hallamos en las mismas circunstancias que se encontraron nuestros hermanos de infortunio en aquellos tiempos; (1) "cuando Roma, la señora del mundo, se hizo dueña del comercio universal, después de la caída de Cartago y conquista de Grecia."

En aquellas edades existían, según Plinio, más de ciento veinte millones de esclavos, que daban vueltas á las muelas, desaguaban los pantanos, trabajaban en las minas. Este trabajo era el de la desesperación. Si alguno de ellos mataba á su amo,

(1) Henre Bazin, *Economía Política*.

juntamente con el asesino eran condenados á muerte sus camaradas. Después del homicidio de Ledamus se sacrificaron cuatrocientos inocentes, por el crimen cometido por uno solo. A esto se le llamaba una medida de seguridad pública.

Aristóteles y Platon lo declararon iliberal. "Los griegos consideraban á los obreros indignos del título de ciudadanos: casi se les colocaba en el mismo nivel de los esclavos. En Atenas el hombre libre que gozaba de la plenitud de los derechos, no trabajaba.

Juvenal nos enseña cuál era la ocupación favorita de los romanos libres: arrastrarse ó ser impertinentes con los ricos, para obtener el pan y espectáculos sangui-narios."

Pues hoy, en nuestros días, se ha sustituido al esclavo, como se consideraba entonces, por el que tiene la desgracia de vivir del tan santificado trabajo material.

Vivir del trabajo equivale á decir: mi vida ha de ser un eterno martirio; privaciones, humillaciones, mientras tenga fuerzas físicas que desarrollar; pero el día que la vejez prematura nos sorprenda en el calvario de nuestra existencia planetaria, quedamos inútiles para el trabajo por cualquier incidente, ¡ah! entonces el único porvenir nuestro no es otro que el de la men-

dicidad, ocupación bastante ingrata y pago bastante mezquino, para el que ha vivido siempre del producto escatimado de su pobre trabajo.

Pero sigamos adelante y veamos qué concepto tienen formado nuestros economistas, en su mayoría, del trabajo y el capital, y veremos plenamente demostrado nuestro anterior aserto.

Los economistas nos miran á los obreros nada más que como un objeto de utilidad pasajera, y por toda remuneración sólo nos dan lo estrictamente necesario para nuestra conservación individual, hasta el extremo de que, particularmente las escuelas materialistas, nos elevan á la dignísima categoría de simples agentes puramente mecánicos.

Ser obrero en aquellas edades, era una deshonra, era ser un paria y en nuestros días se nos considera no como seres organizados para la vida social, sino que se nos aprecia momentáneamente por la dura Ley de la necesidad con relacion á lo que producimos; esto es que de hombres se nos convierte en autómatas sin concedernos siquiera la posesion del instinto de conservación.

Se nos predica elevando á categoría de virtud el trabajo, y por otro lado se nos

posterga hasta el extremo de hacernos simples siervos del capital.

Se nos dice que el capital no es otra cosa que el producto acumulado, el ahorro y que como somos libres para obrar, podemos mediante el esfuerzo individual y la virtud de la constancia, de pobres llegar á ser ricos.

Y todo esto se nos dice con una autoridad tan digna de estudio, que si les seguimos en el campo de sus investigaciones no ha de extrañarnos sea repetida la frase de que «la propiedad es un robo» que tan célebre hizo á su autor Proudon y que hoy es elevada á la categoría de dogma de fé por infinito número de adictos de tantas escuelas socialistas como existen.

No hay que tener la menor duda, que el vapor y la electricidad han trasformado la tierra, y como es natural los séres humanos que la habitamos estamos sufriendo una metamórfosis tan brusca, por lo repentina, que los hombres de más claro entendimiento y más fria calma, no pueden mirarla sin estremecerse.

Reconocen que sin capital nada podia hacerse, porque siendo el premio como producto á la actividad del trabajo, de no existir aquel perderia el hombre su actividad; pero se exageran de tal manera los extremos, que lo único que han llegado á

conseguir de dos elementos buenos puestos en armonía, hacer dos enemigos irreconciliables declarándose una guerra á muerte.

Pero hagamos un similitud de lo que reconocemos como trabajo en tésis general y de lo que es el capital puesto en acción.

Un campo para que produzca es de suprema necesidad cultivarlo, y como esto no se conseguiría sino mediante el esfuerzo del trabajo, sería imposible obtener resultado alguno si no se le remuneraba á esa actividad con relacion á su producto

El que tuviere una huerta y los árboles frutales no los abonara ¿cogería fruto? Imposible; pues no se concibe exista sér tan imbecil hasta el extremo de no querer pagar al obrero y á la naturaleza su producto.

Pero cuando reclamamos el salario que como producto al trabajo prestado por el obrero obtiene, para atender á sus necesidades, no acertamos á comprender cómo pueda vivir á no ser por el estupendo milagro que vemos realizarse todos los dias.

Los afortunados de la Tierra los que viven del producto de todo el que trabaja, visten mejor, su alimentacion está más conforme para la nutricion, sus hogares dentro de las leyes de la higiene y el régimen de vida más conforme con la naturaleza humana.

En una palabra los ricos viviendo mucho más holgadamente y mejor que los obreros, gastan menos que estos últimos.

¿Donde está el quid? En que los capitalistas todo lo compran de lo más superior, de primera mano y como es natural les resulta todo más barato; el obrero cuando puede adquirir los artículos de primera necesidad incluso el abrigo (lo supérfluo no existe para los pobres trabajadores) nos cuesta muchísimo más caro.

El que tiene mucho dinero gasta menos relativamente en atender sus necesidades que el que no tiene ninguno.

Yo sé de muchos propietarios que solo esperan sus ganancias aprovechándose de la miseria del pobre trabajador, escudados en que si merece algun trabajo es por filantropía. Así es que lo que les dan como salario no basta para atender á sus necesidades.

El obrero va al dia; el capital como puede esperar, aprovecha la miseria del obrero para explotarle.

Cuando estas líneas escribo sé de muchos capitalistas que aprovechándose de la miseria del desgraciado trabajador, esperan el tiempo oportuno de que carezcan de trabajo para que sucumban, y más impunemente explotarlos á su arbitrio.

El trabajador para poder existir necesi-

ta no perder un momento en su excesivo trabajo; es decir, ha de ser continuo automático y en cambio le juzgan cual si fuera una máquina, dándole un salario que no le basta para atender á sus necesidades.

Todo lo que el capital adquiere como de lujo, es pagado á subido precio; todo lo que necesita como necesario es pagado con menos cantidad.

Más importancia y consideracion tiene el empleado de un ministerio que ha escalado su puesto debido á la influencia del cacique, que el humilde labrador que se desvive y sacrifica su vida para con su inteligencia y trabajo proporcionarnos el alimento.

Un Emperador, un Rey, un Ministro, merecen más consideraciones que un Astrónomo, que un Físico, un Químico, un Ingeniero, un Filósofo, un Médico, etc. etc., un propietario muchísimo más que los obreros en general.

La mayoría de los Economistas estudian en sus gabinetes los problemas económicos y á fuerza de tantos números y como consecuencia de sus teorías ocurre lo siguiente y es que como el capital ajusta cuenta por poseer cantidades nos confunden á los obreros con el producto.

Un obrero puede producir, pero no lo

hace por no tener materia que transformar; no puede vivir.

Un capital grande ó pequeño no puede realizar ninguna empresa, no gana, pierde el tiempo de su paralización; pero aún con perjuicio puede vivir un determinado tiempo en espera.

Un obrero para tan sólo un día, aquel no come y, como sin alimentarse no se puede vivir, apela á todos los medios que el instinto de conservación le sugiere para no morir de hambre.

En síntesis: que un capital por pequeño que sea domina á el trabajo más grande.

¡Capital capital! ¿Qué representas, cómo te llamas, cuál es tu personalidad? Soy el dinero.

¡Trabajo, trabajo! ¿Qué vienes á ser en el mundo, cuál es tu vida y tu manera de ser? Soy el hombre obrero que todo lo transforma, que destruye cuanto existe de inútil para construyéndolo darle nueva forma.

Construimos las máquinas y todos los aparatos que la ciencia necesita para sus especulaciones, en una palabra hasta el dinero que constituye la única riqueza que poseen los capitalistas los fabricamos nosotros con el trabajo, pues como bautizo á nuestro sacrificio en la sociedad por nuestra manera de vivir nos llamamos miseria, esclavitud, indigencia.

Capitalistas afortunados, reflexionad un momento en qué terrenos tan falsos estais colocados.

Estudiadlo detenidamente y si deliberais en justicia sobre el verdadero concepto que se debe tener formado de lo que es el trabajo y lo que debe representar el capital vereis plénamente probado que todo lo que constituye vuestra fortuna nada es obra vuestra si nó del tan desgraciado y despreciado trabajo; que os viene de molde á los capitalistas el pensamiento de un filósofo que siento mucho no recordar su nombre «que el que no se gana su vida se la roba.»

CAPÍTULO VI.

OPINIONES VARIAS. EL CAOS.

El obrero se halla solo en el mundo, ha buscado presuroso su bienestar y no le encuentra.

En el presente se halla imposibilitado de librarse de la esclavitud de la miseria y el porvenir solo le brinda con el sudario de la muerte. Su vida es una agonía continua y, perdida toda esperanza, se lanza cual demente recorriendo todos los caminos en distintas direcciones.

Pero como el obrero es debil, docil cual el niño, y escucha de labios de los hombres más encumbrados de la nacion predicaciones precursoras de su redencion tan deseada, se acoge á ellas cual el náufrago se aferra á la debil tabla que flota sobre el agua. Se le invita de continuo á una lucha tan desigual por la naturaleza del enemigo que al verle sus contrarios humillado pero no vencido, hacen como que no escuchan sus lamentos, nacidos tan sólo del instinto de conservacion.

Unos nos llaman anarquistas, sin saber en su inmensa mayoría, lo que signifique esa palabra.

Otros comunistas, sin llegar á comprender lo que diga esa idea.

Otros internacionalistas y nihilistas, mirando con ceño terrorífico la actitud de todas esas escuelas sin siquiera tomarse la molestia de dedicar algunos de los muchos ratos que se pierden, en estudiar aunque no fuera nada más que superficialmente estas cuestiones para juzgarlas con algún conocimiento de causa.

En fin que parece increíble que tantos hombres como se abrogan el título de sábios, hasta el de redentores de la humanidad conozcan tan poco á la clase obrera que tanto la necesitan y que por la misma razon si no por ella por ellos han debido dedicarse á descifrar el enigma como uno de sus estudios más predilectos.

Y se me ocurre una idea que nuestros grandes sábios la ignoran ó al menos si no es así no lo entendemos debido tal vez á nuestro atraso.

¿El obrero es político, es socialista, es comunista, es nihilista?

Como humilde menestral, afirmo que no sé lo que sea ni pueda ser el que no tiene para alimentarse él ni su familia.

¿Se concibe de alguna manera que cuando el obrero carece de lo necesario se lance al campo de las ideologías, de las teorías metafísicas, políticas ó religiosas?

¿Qué motivos puede tener el pobre obre-

ro para saber de ningunas de estas materias?

¿Y qué extrañeza puede causar que el obrero en su miseria se deje guiar en esa Babel de opiniones (muchas de ellas utópicas) cuando vemos que aquéllos que por más ilustrados tenemos, unos sostienen teorías ya muertas por lo viejas, y otros cual otro Fourier por pretender hacer de la Tierra un paraíso?

¿Si hay exageraciones en los sábios, qué de extraño tiene haya estravios en la ignorancia?

Tan superior como es á mis fuerzas el trabajo emprendido atrevido ha sido el epígrafe que he puesto á este capítulo como es el de «Opiniones varias: el caos;» ¿pues qué sino un caos es el maremagnum de teorías como tenemos á la vista y todo para concluir con que los ménos tienen hasta lo superfluo, y los más carecemos de lo necesario?

¿Y quiere esto decir que no merezca siquiera se las bosqueje para apropiarse de ellas lo bueno que contengan dejando en el olvido más absoluto lo que veamos de extravagante?

Eso es precisamente lo que nos proponemos en este capítulo lejos del entusiasmo del sectario que degenera en idolatría, más también lejos de nosotros el tenaz pesimis-

mo de ciertas personas que cierran los oídos á toda idea desconocida, negando implícitamente el progreso.

Pero, dejándonos de digresiones, entremos de lleno en la cuestión.

Pasando por alto esas edades en que se formaron las primeras escuelas socialistas por no creer del caso hacer un relato histórico sobre sus orígenes, empezaremos por cuando Juan J. Rousseau dió el primer grito de guerra del socialismo moderno con estas frases: «El primero que habiendo cercado un terreno dijo esto es mío y encontró personas bastante sencillas para creerlo fué el fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, asesinatos, miserias y horrores hubiera economizado al género humano aquél que derribando las cercas ó rellenando las zanjas, hubiese gritado á sus semejantes!: Estais perdidos si olvidais que los frutos son de todos y que la Tierra no pertenece á nadie »

Tuvo varios partidarios entre ellos Morrelly que creía como Rousseau que una sociedad fundada sobre el comunismo, sería un paraíso, creían que la bondad natural del hombre la corrompía la sociedad.

Babeul fué el primero que, siendo más franco que los demás socialistas; se creyó el Mesías de la igualdad absoluta y el realizador de una República fundada en la co-

munidad de bienes. Afirmaba que Naturaleza ha dado á cada hombre un derecho igual al goce de todos los bienes, que el fin de la sociedad era el de defender estos bienes, que no debía haber ni pobres ni ricos.» Ni al génio le reconocía derecho alguno que atentara contra la igualdad de todos los hombres.

M. Owen intenta con su sistema nada menos que reformar las costumbres del mundo.

Fundó muchas colonias que fracasaron, M. L. Ribaud dice del sistema de Owen lo siguiente: «M. Owen concibe una sociedad sin lazos, sin creencias, sin deberes ni derechos; nada de religion, de matrimonio, de familia, de propiedad.... ni mérito ni demérito: se falta cuando se recompensa, y se falta cuando se castiga; por que todo sér desarrolla la Ley de la naturaleza y la de los acontecimientos.

El conde Saint Simón, queda reducido su sistema «á la abolición de todos los privilegios de nacimiento y destrucción de la herencia.»

La Tierra no es más que un campo común, y la humanidad una sola familia: además, á cada uno se le recompensará según su capacidad, y cada capacidad según sus obras. De esta manera vasta de concurrencia en esta asociación universal, funda-

da solamente sobre el amor: no más guerra, porque habrá una organización general para todas las industrias del mundo.»

Tuvo varios discípulos continuadores de su obra, entre ellos Enfantiu y Bazard, este último ménos exajerado.

Por la misma época escribía el socialista Fourier la escuela falansteriana en 1808, dando una organización nueva á la familia, á la propiedad y al trabajo, bajo las siguientes bases en síntesis:

«El hombre ha nacido para la felicidad, y debe gozarla en la Tierra, y esta felicidad consiste en la satisfacción de nuestras pasiones ó diversas atracciones. Es necesario rehacer la sociedad actual, si ella no nos proporciona esa felicidad.»

Para conseguirlo se dedicó al estudio de las doce pasiones fundamentales que, según parece, tenemos de una manera tan ordenada, que al terminar concluye con el resultado que de la armonía de estas doce pasiones nace el sentimiento de afecto universal.

Formó los falansterios, donde los hombres están divididos en grupos de trabajadores y cada uno se dedica al trabajo que más le agrada.

Divide los productos en cantidades, á su juicio relativamente justo entre el talento, el capital y el trabajo.

La mujer ocupa un puesto preeminente, con las teorías de Fourier, pues la eleva al nivel del hombre, conforme á las necesidades de su sexo, sin que por esto se entienda el amor libre.

Luis Blanc fué el que proclamó el derecho al trabajo y desarrolló su teoría en su libro titulado *La organización del trabajo*. Expuso la idea del Estado productor y repartidor de las riquezas entre los individuos, por medio de asociaciones económicas que denominarían el taller industrial, el agrícola y el de cambio.

Proudon, según las críticas, fué polemista hábil, escritor de mérito, dijo que "la propiedad es un robo," y son tan confusas sus teorías, que lo único que se saca en claro, es que se dedicó exclusivamente á ridiculizar todas las escuelas socialistas, proclamando la independencia absoluta para cada uno, por medio de la destrucción del poder, instituir la anarquía y el goce igual para todos por la abolición de la propiedad.

Ahora nos encontramos con el socialismo contemporáneo que, desprendiéndose de los antiguos moldes de sus respectivas escuelas, más previsores, han sabido elevar á categoría de ciencia é impulsar á los gobiernos, para que dándoles carta de natu-

raleza sean leyes algunas de sus determinaciones.

Dos escuelas son las que se disputan la supremacía, por no estar conformes ni en el fondo, ni en el objeto, ni en la manera de obrar; unos se llaman socialistas revolucionarios ó anarquistas y nihilistas, otros socialistas conservadores y posibilistas; esto es que quieren graduar é insensiblemente transformar el estado actual por el estado socialista.

Los nihilistas y anarquistas son los que siguen en el día al socialista ruso Bakou-nine, muerto hace algunos años.

La base en que se apoya esta escuela es en la de las destrucciones necesarias. No creen en la eficacia de la acción política del sufragio y de las elecciones; responden al empleo de la fuerza gubernamental con la organización de la fuerza revolucionaria, secretamente al principio, públicamente más tarde; en resúmen: esperan sobre las ruinas del estado social fundar este sistema sobre la base de la igualdad más absoluta.

El socialismo colectivista, es, sin duda alguna, el que ha llegado á tomar carta de naturaleza en las ciencias económicas y conseguido, particularmente en Alemania, que hombres de la talla de Bismarck, no solo estudien estas cuestiones, sino que hasta hayan legislado sobre el particular.

El judío alemán Lassalle fué al parecer su fundador, vulgarizó ideas tomadas de Luis Blanc, Proudon, Robertus y Carlos Marx. En el año 1863 fundó la asociación general de obreros alemanes; su divisa: es ¡Abajo el salario! ¡Destrucción de la Ley de bronce del salario!

Carlos Marx, con su célebre obra el *Capital*, da un nuevo impulso al socialismo, no solo alemán, sino que también al socialismo europeo. «Sostenía que el interés del obrero en su lucha contra los capitalistas, siendo el mismo en todas partes, se eleva por encima de las distinciones de nacionalidad; y en segundo lugar, que los trabajadores deben conquistar los derechos políticos para romper el yugo de los capitalistas.»

Para alcanzar este fin, fundó Carlos Marx la "Internacional," asociación que tuvo y todavía tiene por objeto el fundar el régimen de la colectividad bajo la Ley de una nivelación absoluta; tiene muchos prosélitos en Alemania y lo demuestra el hecho de que en las elecciones que se verificaron a poco para el Reichstag, dieron señales de vida más de 600.000 electores socialistas.

Sus jefes políticos actuales son Lieberich y Hamsehlmam.

Para conocer mejor esta escuela vamos á

reproducir el programa votado en el Congreso de Gotta en el año de 1877, que es el que sigue:

«1.º El trabajo es la fuente de toda la riqueza y de toda civilización .. el producto total pertenece á la sociedad, esto es, á todos sus miembros, con el mismo derecho, y á cada uno segun sus necesidades razonables, teniendo todos la obligación de trabajar.

«2.º En la sociedad actual, los instrumentos del trabajo son el monopolio de la clase de los capitalistas; la dependencia que de esto resulta para la clase obrera es la fuente de la miseria y de la esclavitud.

«3.º La emancipación del trabajo exige que los instrumentos del mismo sean la *propiedad colectiva de la sociedad, con reglamentación por parte de la sociedad de todos los trabajos, empleo para la utilidad común y justo reparto* de los productos del trabajo.

«4.º La emancipación del trabajo ha de ser la obra de la clase obrera.»

«Partiendo de estos principios, el partido obrero socialista alemán se propone por objeto llegar á la fundación del Estado libre y de la *sociedad socialista*, á la abolición de la ley de bronce del salario, *suprimiendo el salario mismo y á la destrucción de todas las desigualdades políticas y sociales.*»

«El partido socialista alemán empieza á obrar dentro del círculo de la nacionalidad; pero reconoce el carácter internacional del movimiento obrero y está dispuesto á cumplir todos los deberes que esta solidaridad impone á todos los obreros para alcanzar la fraternidad de todos los hombres.»

Este programa fué enmendado el año de 1880 en Widen por creerlo anticuado los congresistas socialistas y en breve se dará otro nuevo en el congreso socialista que se reunirá en Erfurt.

Cumpliendo una decisión del último congreso celebrado, el comité directivo, instituido por él y formado por los más influyentes jefes de la agrupación, acaba de publicar en el Vorwaerts, órgano oficial del partido, el programa que ha de servir de base á los debates del próximo Congreso y las resoluciones que propone el comité directivo.

En ese programa á más de esponer las doctrinas filosóficas socialistas combaten rudamente al socialismo de Estado preconizando, sin embargo, las teorías colectivistas.

Abogan por las resoluciones que de carácter práctico proponen Bebel, Liebneth y otros compañeros.

Propouen el sufragio universal en favor

de varones y hembras que hayan cumplido ventiún años de edad; la introducción del sistema de representación proporcional, la votación secreta que ha de verificarse en domingo y la indemnización á los representantes del pueblo, la intervención de este en la legislación por el ejercicio de la sanción y de la iniciativa; la administración del Estado, de las provincias y de los municipios por el pueblo; la aprobación anual de los impuestos y el derecho de rechazarlos, la decisión de la paz y de la guerra por los representantes de la nación, y la instalación de un tribunal internacional de arbitraje.

«Proponen también la derogación de cuantas leyes limitan la libertad de la imprenta, la de asociación y la de reunión, la separación de la iglesia y el Estado, suprimiendo todo género de subvenciones públicas á las confesiones religiosas; la conversión de las escuelas públicas en láicas, habiendo de ser obligatoria la asistencia á ellas y la enseñanza gratuita.»

«Declaran la instrucción militar universal, la sustitución de los ejércitos permanentes por una milicia, la administración de justicia gratuita, la elección de los magistrados por el pueblo, la asistencia médica y farmacéutica gratuita, el impuesto progresivo sobre la renta, el capital y las

sucesiones y la abolición de toda clase de contribuciones indirectas.»

«Para proteger á los obreros entiendo e Comité directivo que son precisas leyes nacionales é *internacionales* que fijen la jornada de ocho horas como el *máximum* de la normal, que prohiban trabajar á los menores de catorce años y el trabajo nocturno á no ser en industrias que por razones técnicas ó razones de interés público no puedan prescindir de él.

«Juzga indispensable un descanso semanal de 36 horas consecutivas. la prohibición del trucksystem, la inspección de todas las explotaciones industriales, la regularización del trabajo en poblaciones y campañas por una sección *imperial* del trabajo por negociados locales y por cámaras de trabajo, la asimilación de los trabajadores agrícolas y domésticos á los industriales, la supresión de los reglamentos especiales aplicables á los segundos, la garantía del derecho de coalición y la concentración de todos los seguros relativos al trabajo en la administración imperial con la cooperación eficaz de los obreros.»

En nuestros días se ha formado una escuela socialista de los conservadores alemanes que se llama socialismo del *Estado ó de la Cátedra*, porque se enseña por gran número de profesores de Economía política.

Desde 1871, puede decirse que Bismarck es el tipo verdadero del socialista conservador, con el doctor M. Adolfo Wagner, profesor de la Universidad de Berlín, oráculo del Consejo económico creado por el Emperador.

El socialismo de cátedra confía en sus teorías, al Estado en todo ó en gran parte, las reformas sociales que tiendan á resolver la cuestión obrera.

Háse establecido una ley sobre el seguro obligatorio de los obreros alemanes contra las enfermedades y accidentes del trabajo, obligando á los patronos á pagar las primas, y éstos á que le retengan una pequeña parte á los obreros de sus salarios.

Con estos proyectos trata Bismarck de unir al imperio las clases populares y atraerse á los obreros, arrancándolos del socialismo revolucionario.

M. Masse en 1882 hace el resúmen de esta escuela, de la manera siguiente: «Diez años han transcurrido, decía, desde que la *Asociación de la política social* se reunió por primera vez en Eisemach, con el fin de dedicarse al estudio de la cuestión social. «Su objeto era el de levantarse contra las tendencias que hasta entonces habian prevalecido en la prensa y en la pública opinión en materias económicas. «La creación de nuestra sociedad *era una protesta contra*

este individualismo estrecho que cree resolver las cuestiones más difíciles de la legislación económica, invocando únicamente que se deje al interés individual la libertad de acción más completa, y desconoce *la misión de cultura moral que incumbe al Estado* en los dominios de la economía política. Iba dirigida especialmente contra ese optimismo que se empeña en no querer ver la urgencia de ocuparse en este pavoroso problema que se llama la cuestión social.,

Hace algunos años que en Francia se ha formado una nueva escuela con el nombre de *Escuela de la paz social*, cuyo fundador es M. Le Play. Esta escuela se propone desprendiéndose de todo sistema *á priori*, aplicar al estudio de las ciencias humanas, y sobre todo en la cuestión social, el *método de observación* que procede científicamente del análisis de los hechos más simples y de los casos más complicados, valiéndose de la *inducción* que va del efecto conocido á la causa ignorada.

Recorrió casi todas las naciones de Europa, (también estuvo en España) Rúsia, y después de veinticinco años de estudios consecutivos escribía su obra *Los obreros europeos*, que fué premiada por la *Academia de Ciencias*.

Rechazó como ensueños las concepciones Sansimonianas y las de muchas escuelas

socialistas. «Puesto que Dios, decía, ha creado leyes para las sociedades de hormigas y abejas, debe igualmente haberlas creado para la sociedad de los hombres, que es más elevada y perfecta.» Estas leyes no sabría el hombre inventarlas, pero puede como el naturalista descubrirlas por medio de la observación metódica de los hechos. Deben ser reconocidas por virtud de este doble carácter: «primero, que su práctica engendre siempre la paz y la estabilidad; segundo, que su violación produzca en todas partes la discordia y la inestabilidad.»

Como sería tarea interminable la exposición de tantas doctrinas socialistas como aún nos quedan por exponer, por haberlo hecho ya de las principales escuelas, pasaremos por alto omitiendo la de hombres tan sabios economistas como Adam Smith, Dalember, Metz, Noblat, Condorcet y otros muchos, concluyendo este capítulo con la Encíclica que sobre la cuestión social ha publicado León XIII, no sin dejar consignado para no dar lugar á torcidas interpretaciones, que al hacer el análisis de la referida Encíclica, como antes lo he hecho de las variadas escuelas socialistas, no me inspiro en ningún espíritu de escuela, sino que libre del entusiasmo del sectario, he procurado en el curso de este modesto trabajo, como su autor, desprenderme de las

ideas políticas y religiosas, que como todo sér que piensa tengo.

Después de estudiado el citado documento, lo primero que salta á nuestra vista, es que á más de la argumentación tan sólida como sencilla, exhala en cada idea que emite una unción evangélica tan santa, que nuestro espíritu al penetrarse de ellas se cree regenerado, aligerándose de la pesada carga conque nos agovia la miseria.

La cuestión social y sus causas. ¿Qué nos muestra en este capítulo? Que todos los males que padecemos en la actualidad nacen “del deseo de hacer tantas mudanzas en el órden político y que se extienden al económico, que tienen con aquel tanto parentesco. Efectivamente; los aumentos recientes de la industria y los nuevos caminos porque van las artes, el cambio obrado en las relaciones mútuas de amos y jorna-leros, el haberse acumulado las riquezas en unos pocos y empobrecido la multitud; en los obreros la mayor opinión que de su propio valer han concebido, y la unión más estrecha como unos á otros se han juntado, y, finalmente, la corrupción de las costumbres han hecho estallar la guerra..”

¡Cuánta sabiduría se encierra en estas líneas! ¡Con cuánta claridad se ponen de relieve las verdaderas causas del cataclismo que vemos cernerse sobre nuestras ca-

bezas! Sería preciso ser miope de inteligencia ó enemigos sistemáticos de determinadas doctrinas, para no ver en el fondo de estos argumentos las causas primordiales de la guerra social, que parece ha de encender con sus discordias al mundo.

Pero sigamos al virtuoso y sábio filósofo, al hombre eminenté por sus muchos títulos que en la cuestión social señala, á mi juicio el mejor modo de resolver el problema que nos ocupa.

«Pues destruidos en el pasado siglo los antiguos gremios de obreros; y no habiéndoseles dado en su lugar defensa ninguna, por haberse apartado las instituciones y leyes públicas de la religión de nuestros padres, poco á poco ha sucedido hallarse los obreros, solos é indefensos, por la condición de los tiempos, á la inhumanidad de sus amos y á la desenfrenada codicia de sus competidores.» A aumentar el mal vino la voraz usura, la cual, aunque más de una vez condenada por sentencia de la Iglesia, sigue siempre, bajo diversas formas, la misma en su sér, ejercitada por hombres avaros y codiciosos. «Júntase á esto que los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas, está casi todo en manos de unos pocos, de tal suerte, que unos cuantos opulentos y riquísimos hombres han puesto sobre los hombros de la

multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos »

¿No es verdad ser cierto lo que hasta ahora nos dice la Encíclica, y que está encarnado en el espíritu de todo honrado obrero lo que nos manifiesta en este segundo párrafo, como verdad indiscutible?

¿No nos pone de relieve cuáles son las causas actuales del pauperismo, con argumentos irrefutables? Pero sigamos á este insigne varón, sin rebajar en lo más mínimo á los que le han antecedido, en el análisis que hace del socialismo filosóficamente, y es llamo la atención sobre este punto, como de mayor interés, por ser como vulgarmente se le dice, el caballo de batalla, donde por desgracia nosotros los trabajadores tropezamos, y los que llamándose nuestros amigos, valiéndose de nuestras exageraciones inconscientes, hacen su negocio valiéndose de nuestra ignorancia.

«Para remedio de este mal, los *socialistas*, después de excitar en los pobres el ódio á los ricos, pretenden que es preciso acabar con la propiedad privada y sustituirla con la colectiva, en que los bienes de cada uno sean comunes á todos, atendiendo á su conservación y distribución los que rigen el municipio ó tienen el gobierno general del Estado » Con este pasar los bienes de las manos de los particulares á las de la co-

munidad, y repartir luego esos mismos bienes y sus utilidades con igualdad perfecta entre los ciudadanos, creen que podrán curar la enfermedad presente.

¡Ah, compañeros, nada más falso! Meditemos un poco y nos convenceremos de esta verdad.

De tantos seres humanos como poblamos el globo terráqueo, encontraremos fisonomías parecidas, pero no idénticas

Si de la estética pasamos á las cualidades intelectuales, encontramos otra grandísima diferencia, y si examinamos la entidad moral habremos de rendirnos ante la evidencia de encontrar seres tan protervos y miserables viviendo considerados en la sociedad, aunque por otro lado vemos postergada la virtud.

¿Decidme, compañeros, admitiríamos en nuestro seno á seres tan abyectos y miserables? Imposible.

¿No comprendemos que siguiendo por ese sendero caeríamos fatalmente en brazos del absolutismo más depravado por el solo hecho de pretender erigir á unos cuantos en árbitros y censores de nuestras facultades, matando en gérmen ese principio inmanente, ora sea mérito ó demérito responsable que es únicamente lo que individualiza á todo ser humano?

¿No comprendemos ser utópicas muchas

de sus teorías por haber equivocado el plan de la naturaleza de las cosas y deducir consecuencias á todas luces falsas?

Pero sigamos á la Encíclica y veamos lo que nos dice, sobre la vida hasta cierto punto automática de los animales y la del sér humano.

“Muéveles el uno de estos instintos á defender su vida y el otro á conservar su especie.” Y entrambas cosas fácilmente las alcanza con solo usar de lo que tiene presente; ni pueden en manera alguna pasar más adelante, porque los mueve solo el sentido de las cosas singulares que con los sentidos perciben.” Pero muy distinta es la naturaleza del hombre. Existe en él toda entera y perfecta la naturaleza animal, y por eso, no menos que á los otros animales, se ha concedido al hombre, por razon de esta su naturaleza animal, la facultad de gozar el bien que hay en las cosas corpóreas. «Pero esta naturaleza animal, aunque sea en el hombre perfecta, dista tanto de ser ella sola toda la naturaleza humana, que es muy inferior á esta, y de su condición nacida á sujetarse á ella y obedecerla.” Lo que en nosotros campea y sobresale, lo que al hombre dá el sér de hombre, y por lo que se diferencia específicamente de la bestia, es el entendimiento ó la razon.» Y por esto, por ser el hombre el solo animal

dotado de razón, hay que conceder necesariamente al hombre la facultad, no sólo de usar, como los demás animales, sino de poseer con derecho estable y perpétuo, así las cosas que con el uso se consumen, como las que, aunque usemos de ellas, no se acaban.»

Siguiendo á continuación argumentando más sobre el derecho de la propiedad privada, dice refutando el socialismo:

«Mas el haber dado Dios la tierra á todo el linage humano para que use de ella y la disfrute, no se opondrá en manera alguna á la existencia de propiedades particulares. Porque decir que Dios ha dado la tierra en común á todo el linage humano, no es decir que todos los hombres, indistintamente, sean señores de toda ella, sino que no señaló Dios á ninguno, en particular, la parte que había de poseer, dejando á la industria del hombre, y á las leyes de los pueblos la determinación de lo que á cada uno en particular había de poseer.»

Y para que no haya la menor duda sobre este particular, la refuerza con este otro argumento:

«Pues un campo, cuando lo cultiva la mano y lo trabaja la industria del hombre, cambia muchísimo de condición; hácese de silvestre fructuoso, y de infecundo feraz. Y aquellas cosas que lo han así mejorado, de tal modo se adhieren y tan íntimamente

se mezclan con el terreno, que muchas de ellas no se pueden ya en manera alguna separar.» Ahora bien; que venga alguien á apoderarse y disfrutar del pedazo de tierra en que depositó otro su propio sudor; ¿permitiríalo la justicia?

¿Se puede en manera alguna decir más claramente el derecho que tenemos sobre la verdadera propiedad, que es la que se obtiene mediante el esfuerzo trabajo? No ciertamente. En cuanto á las relaciones que deben existir entre patronos y obreros, dice lo siguiente:

«Sabido es que para fijar conforme á justicia el límite del salario, muchas cosas se han de tener en consideración; pero en general deben acordarse los ricos y los amos que oprimir en provecho propio á los indigentes y menesterosos, y de la pobreza agena tomar ocasión para mayores lucros, es contra todo derecho divino y humano. Y el defraudar á uno del salario que se le debe, es un gran crimen que clama al cielo por venganza.» Más adelante dice: «Finalmente, con extremo cuidado, deben guardarse los amos de perjudicar en lo más mínimo á los ahorros de los proletarios, ni con violencia, ni con engaño, ni con los artificios de la usura: y esto aun con mayor razón, porque no están ellos suficientemente protegidos contra quien les quite sus

derechos ó los incapacite para trabajar, y porque sus haberes, cuanto ¶ más pequeños sean, tanto más deben ser respetados.

Y haciéndoles cargos á los ricos sobre la condicion de los obreros, les dice:

«Que si se tiene en cuenta la razon natural y la filosofía cristiana no es vergonzoso para el hombre ni le rebaja el ejercer un oficio por salario, pues le habilita el tal oficio para poder honradamente sustentar su vida.» Que lo que es verdaderamente vergonzoso é inhumano es abusar de los hombres, como si no fuesen más que cosas para sacar provecho de ellos, y no estimarlos en más que lo dán de sí sus músculos y sus fuerzas.»

En cuanto á la mision y deberes del Estado en la cuestion social, se expresa de esta manera:

«Ahora bien; para la produccion de estos bienes no hay nada más eficaz ni más necesario que el trabajo de los proletarios, ya empleen éstos su habilidad y sus manos en los campos, yá las empleen en los talleres.» Aún más; es en esta parte su fuerza y su eficacia tanta, que con gran verdad se puede decir que no de otra cosa, sino del trabajo de los obreros, salen las riquezas de los Estados. «Exige, pues, la equidad que la autoridad pública tenga cuidado del proletario, haciendo que le toque algo de lo que aporta

él á la comun utilidad, que con casa en que morar, vestido con que cubrirsa y proteccion con que defenderse de quien atente á su bien, pueda con menos dificultades soportar la vida.» De donde se sigue que se ha de tener cuidado de fomentar todas aquellas cosas que se vea que en algo pueden aprovechar á la clase obrera. «El cual cuidado tan lejos está de perjudicar á nadie, que antes aprovechará á todos porque importa muchísimo al Estado que no sean de todo punto desgraciados aquellos de quienes provienen esos bienes de que el Estado tanto necesita.»

Sobre la equidad del salario, nada más sabio, justo y equitativo, que lo que nos dice y que para mejor inteligencia copio:

«Dícese que la cantidad de jornal ó salario la determina el consentimiento libre de los contratantes, es decir, del amo y del obrero; y que, por lo tanto, cuando el amo ha pagado el salario que prometió, queda libre y nada más tiene que hacer, y que solo entonces se viola la justicia cuando, ó rehusa el amo dar el salario entero, ó el obrero entregar completa la tarea á que se obligó; y que en estos casos, para que á cada uno se guarde su derecho, puede la autoridad pública intervenir; pero fuera de estos casos en ninguno.»

«A este modo de argumentar asentirá di-

ficilmente, y no del todo, quien sepa juzgar de las cosas con equidad; porque no es cabal en todas sus partes; fálta'le una razon de muchísimo peso »

Esta es que el trabajo, no es otra cosa que el ejercicio de la propia actividad, enderezado á la adquisicion de aquellas cosas que son necesarias para los varios usos de la vida, y principalmente para la propia conservacion.

Y para que no tengamos duda alguna sobre sus afirmaciones, continúa diciendo:

«Y si acaeciere alguna vez que el obrero, obligado de la necesidad ó movido del miedo de un mal mayor, aceptase una condicion más dura que, aunque no quisiera, tuviere que aceptar por imponérsela absolutamente el amo ó el contratista, seria eso hacerle violencia, y contra esta violencia reclama la justicia »

Para estos casos exige la armonía más estrecha entre obreros, patronos y grandes capitalistas, y finalmente el amparo del Estado si lá cosa lo demandare.

León XIII asegura que si las doctrinas purificadoras del cristianismo fueran las únicas que reinaran en el mundo, la cuestion social seria resuelta de la manera más sencilla y conveniente para todos, haciendo desaparecer de los hombres esa especie de castas que tanto les degrada, causa al mis-

mo tiempo del ódio reconcentrado que unos contra otros sienten.

Nos recomienda las asociaciones por gremios, pero sin que nos guie ninguna idea que no sea inspirada por el bien; efectivamente si despues á quanto llevamos expuesto no ponemos especial empeño en agremiarnos para recabar del Estado sean leyes nuestras peticiones que estén inspiradas en la ley natural, seguiremos cada vez peor y en espera de, sin precisar el dia, nos envuelva el cataclismo más formidable que ha presenciado los siglos.

CAPITULO VII

LO MAS PRACTICO EN LA ACTUALIDAD.

Este capítulo lo dedico exclusivamente á mis, más que compañeros, hermanos de infortunio, los obreros.

Como habreis visto en el curso de este trabajo lo superior que era á mis fuerzas el emprendido por carecer de las dotes necesarias de que tanto ha menester el publicista; como tengo más de una vez repetido, no haberme dejado guiar por otro móvil que el de hacer algún bien á mis compañeros los obreros, á la vez que exponer el cáncer que corroe nuestra existencia á esos hombres que, nacidos envueltos en los pañales de la riqueza, en su buena fé, si quieren hagan algún bien á nuestras desgracias, en este capítulo me propongo designaros el camino que á mi juicio puede darnos mejores resultados.

Después del sucinto análisis que he hecho de las principales doctrinas socialistas, tanto en el orden político como en el económico, para que se tenga una idea de todas esas escuelas, voy á resumir como mejor pueda condensando en lo posible mi pensamiento, exponiendo mi pobre criterio á la vez que el plan de conducta que como más conveniente para todos veo.

En el curso de este pequeño bosquejo habreis tenido la ocasion de ver la notable diferencia que hay entre la teoria y la practica; empiezo por deciros como consecuencia lógica de los hechos, que una cosa es lo que debe ser y otra por desgracia lo que es.

¿Y se necesitan de muchos estudios ó suspicacia para apreciar las verdades elementales que en todas las esferas de la vida se nos manifiestan para nuestro estudio?

Meditemos sobre estas breves consideraciones y empezaremos por uno de los resortes más importantes de todo pueblo civilizado que es la religion y podremos apreciar la benéfica influencia que ejerce sobre nosotros.

¿Qué es religion? El lazo de union entre Dios y sus criaturas.

¿Y en qué modifican la manera de ser ese lazo los que teniendo en sus manos los destinos de un pueblo, de una provincia, de una nacion se hacen sordos á sus deberes? En nada, pues los hechos nos lo dicen eloquentemente

Pero sale el obrero de su misera vivienda, agoviado bajo el peso de su miseria en busca de consuelo á su dolor y llega á los templos que levantaron los primitivos cristianos, á los verdaderos reveladores de las doctrinas del Crucificado, y con el contritismo que solo la desgracia puede inspirarnos, se

arrodilla ferviente, extasiado por los salmos que en rítmicas armonías elevan su espíritu al Dios de toda clemencia implorándole misericordia.

Oye á la vez de virtuosos sacerdotes las palabras del Divino maestro de abnegacion... de sacrificio.... de perdon.... de caridad ... y cuando cree llegada la hora de haber encontrado el remedio á sus penas y dolores, solo percibe el repercutir del eco en bóvedas majestuosas, representación de cuanto concibiera el arte de belleza, pero en cambio ni un solo corazón encuentra que comparta con él sus desventuras ni le remedie en sus miserias, que á ese estado de indiferentismo religioso hemos llegado por desgracia.

¿Qué es la política? La ciencia de bien gobernar las naciones.

¿Y qué consecuencias buenas tocamos los obreros con eso que le llaman política? En la conciencia de todos está, que ayer unos cuantos acogidos bajo el amparo de la santa bandera de la fraternidad conmovieron al pueblo hasta lanzarlo á la revolución para que conquistara sus derechos perdidos, y cuando llegaron á ocupar los más altos puestos de la nación, lanzaron anatemas contra el pueblo que los elevara, sembrando la muerte por doquiera, regando la tierra con sangre inocente, dividiendo á los pueblos con la criminal antorcha de la discordia.

Pero aquellos republicanos, demócratas de toda la vida segun decian ellos, despues que consiguieron una por cierto bien triste popularidad, olvidándose de la sangre derramada por esos héroes que la prodigaron desinteresadamente por el bien de la patria adjuraron de sus ideas por ese sistema tan cómodo como denigrante del evolucionismo político.

¿Qué es la economía política? La ciencia que trata de la producción natural, de la artificial y del cambio de estos productos.

¿Y qué vemos plenamente probado? Que como por desgracia en España para ser ministro y en particular de Hacienda no son necesarios los profundos conocimientos de las ciencias económicas, se nos improvisa á uno que sepa sacar dinero como Dios le dé á entender, llegando á las puertas de la inmortalidad todo satisfecho, no sin haber pronunciado antes unos cuantos discursos, por supuesto de sospechosa procedencia.

Luego podemos decir, sin temor á equivocarnos, que la religión es el antifaz con que cubrimos nuestros vicios; la política, la carrera más lucrativa y el arte de enganar mejor y la ciencia económica, el arte de cubrir el fraude para que unos cuantos se enriquezcan á costa, si bien se estudia, de la inmensa mayoría de la sociedad.

¿Y qué senderos debemos seguir nosotros los desheredados de la fortuna, si no contamos con ninguno de los resortes administrativos ni políticos para mejorar nuestra precaria suerte? Uno á mi modo de ver muy sencillo, que es el de la asociación.

Debemos empezar por constituirnos en sociedades por gremios, uniéndonos solidariamente, redactando reglamentos con arreglo á las necesidades de cada region; reglamentar el trabajo por medio de jurados; justipreciar las manufacturas é industrias, todos los trabajos en general y horas que debe trabajar el obrero, y finalmente el salario que debe ganar el trabajador.

Trabajar asociados constantemente por desprendernos de la tutela de la economía política imperante que es la individualista para sustituirla por la colectiva. Estar en relacion íntima con todas las sociedades de la nacion, al contacto de los progresos que realizan nuestros compañeros del extranjero para seguirlos, y estar todos unidos como un solo hombre para cualquier determinacion que revista un carácter ya sea nacional ya sea internacional.

Fundar sociedades de instruccion, pues no olvidemos un momento que de la instruccion es de donde tiene que venirnos nuestra regeneración, sociedades cooperativas como existen en casi todas las naciones de Europa y de América.

En Inglaterra se cuentan más de 1.250 sociedades de esta clase que disponen de mil millones de reales; en Alemania, Francia, Bélgica, Italia, Rusia y en América se cuentan por miles los millones que poseen estas sociedades, ya sean de consumo, de crédito y bancos populares; en España no sabemos la existencia oficial de ninguna.

Reglamentos existen para todas estas clases de asociaciones.

En el orden político debemos y donde contemos con elementos, *con el sufragio que nos han dado*, sacar á individuos de nuestro seno que creyéndolos dignos y con instrucción, nos representen cumplidamente en el municipio, en la provincia, en las Cortes y donde no podamos hacer caso omiso de la lucha sin que directa ni indirectamente prestemos apoyo alguno á ningún partido político.

Compañeros, no olvidad un momento que como en el día se ha hecho de la política un comercio, no debemos ser tan cándidos como hasta aquí hemos sido de prestar nuestro concurso á quien ni antes, ni después, ni nunca ha de hacer nada en beneficio de la clase obrera.

De las huelgas solo sé decir que son más perjudiciales que beneficiosas como la práctica nos lo demuestra, para los que vivimos del trabajo, pues como los patronos

Y los capitalistas pueden estar cualquier cosa de nuestros productos, solo conseguimos á la postre apurar los recursos con que contamos y finalmente vernos humillados por el enemigo á quien antes con arrogancia le habíamos declarado la guerra.

Solamente en Inglaterra costó miles duros á las sociedades de resistencia como es la Trades Unions, y si unimos á esta las demás naciones europeas y América, son incalculables las pérdidas que sufre el obrero no trabajando, no ganando y gastando unos fondos que tanto necesita.

Pero hagamos historia de lo que pasa en España con las huelgas; se paraliza todo trabajo y aquí que no contamos con esos fondos como en otras naciones por no estar asociados, gastamos los que individualmente poseemos; sucumbimos al fin, como es natural, dada la naturaleza del enemigo; se reanudan los trabajos ¿y qué vemos todos? Que son despedidos de las fábricas y de los talleres bajo cualquier pretexto, cuando no es la cárcel ó el presidio la recompensa única con que cuenta el que se erige en director del movimiento.

Yo me atrevo á proponer una huelga que de fijo llevándola á vías de hecho, habría de darnos mejores resultados, sin que nosotros ni nuestras familias nos perjudicáramos en lo más leve.

El primero de mayo estoy conforme se haga fiesta, por ser la fecha memorable en que por primera vez se unieron todos los obreros del mundo, dando el primer paso en el camino de nuestra redención; pero decidimos declararnos en huelga; como estamos asociados todos los obreros de la Nación y no nos entendamos con los patronos, y ya la cosa revista un carácter que afecte al orden público, se le dice al Gobierno por medio de una Comisión ó de los representantes en las Córtes: Los obreros, en virtud de no entendernos con los patronos por no admitir nuestras proposiciones; impetran el auxilio del Estado en evitación de que pueda alterarse el orden público.

Caso de prometer y no hacer nada que es lo que saben nuestros gobernantes, entonces empieza la verdadera huelga que consiste en quitarse de fumar en un mismo día todos los obreros de la nación pero sin dejar de trabajar.

¿Sabeis lo que representa de pérdidas para la nación la tal determinación? Pues suponiendo que en España haya seis millones de obreros y de estos no fumen nada más que cinco millones y estos cinco los dejemos en cuatro, á real diario que suponemos de gasto á unos con otros, se elevará á la respetable cantidad de ciento veinte millones al mes.

¿Se concibe cosa más natural? De ningún modo; y de esa manera también quitamos la ocasión para que algunos alborotadores de oficio y otros muchos por especulación, den lugar á que los valientes soldados españoles que tienen las armas para defender la patria, disparen sus certeros proyectiles contra los obreros, causando la muerte á infelices por el solo delito de pedir trabajo con que ganar honradamente el triste alimento de sus hijos.

En cuanto al orden religioso, solo puedo decir que no ha existido ni existe en la actualidad ninguna nación ni tribu por salvaje que sea, que no tengan un principio de creencia con arreglo al estado de progreso que se encuentren, así es que es de mucha necesidad que cada uno tenga fé en alguna doctrina sobre que descansa nuestra conciencia.

Cual sea ella os digo que hay un código tan sabio como sublime que es el Evangelio, que es para el rico y para el pobre el arca de la alianza, que tiene tal virtud en sus máximas al leerlo que á la vez de regenerarnos alzando nuestro espíritu á los espacios infinitos de la creación para mejor admirar al Dios de tan inconcebible grandeza, endereza nuestros sentidos ensanchando el horizonte de nuestra limitada inteligencia.



170571

